

DIOS ESPERADO: LA ESPERANZA

Ave María Purísima...

En la primera plática hablamos de la fe, de ese conocimiento nuevo de Dios que va unido también a la confianza y al amor. Pues bien, asimismo, la fe está unida a la esperanza. Tan importante es la una como la otra.

Lo hace notar el Papa Benedicto XVI en su encíclica sobre esta virtud teologal (Spes salvi):

“...«esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la «plenitud de la fe» (10,22) con la «firme confesión de la esperanza» (10,23). (n. 2)

Adviento es un tiempo especial para hacer crecer en nosotros esta esperanza. Esperanza en un Dios que vino a nosotros en Jesucristo y que viene a cada momento en nuestra búsqueda, como el pastor busca a la oveja perdida.

¿Qué es la esperanza?

“Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza”. (n. 3)

“Conocer al Dios verdadero” parecería que pertenece a la fe; pero como también dice el Papa “*la fe es la sustancia de la esperanza*” (n. 10). Sucede entonces que este Dios verdadero a quien conocemos por la fe, nos ama y por tanto quiere salvarnos; y esa salvación y ese amor hablan sin duda de unión con Dios, por tanto quiere llevarnos junto a Él.

Es decir que este Dios nos ha salvado y nos espera y es para nosotros –justamente por eso– gran motivo de esperanza. Esperamos entonces **al Dios de Dios**. Esperamos poder llegar a Él, pero confiando en su auxilio.

Y podemos conocer y esperar todo esto, gracias a Nuestro Señor Jesucristo:

“¡Nosotros sabemos que Jesús Redentor, muerto, crucificado y resucitado gloriosamente, es nuestra esperanza! *Resucitó Cristo, mi esperanza*. (JUAN PABLO II, *Aloc. 24-III-1979*).

Benedicto XVI trae el ejemplo de una santa de nuestro tiempo, santa Josefina Bakhita, esclava sudanesa y muy sufrida. Habiendo sido comprada por unos italianos, conoció un nuevo “dueño”, un nuevo “señor”, que estaba por encima de todos los “dueños que había tenido”, este era Jesús; esto la llevó a descubrir, como dice el Papa:

“[que] Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba «a la derecha de Dios Padre».

En este momento tuvo «esperanza»; no sólo la pequeña esperanza de encontrar

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue «redimida», ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios”.

Jesús entonces se nos muestra como un Dios que nos ama, nos salva, nos espera... por tanto, el objeto principal de nuestra esperanza, lo que esperamos propiamente, es algo que nos trasciende, algo que nos supera, algo de lo cual es más lo que desconocemos que lo que conocemos: es Dios, la “vida eterna”, es la felicidad sin fin.

Benedicto XVI, hablando del cielo, de ese “contemplar a Dios” lo expresaba así:

“...el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo”. (n. 12)

Lo que esperamos, a Dios mismo, nos trasciende no solo por el lado del conocimiento, sino también porque la consecución plena se dará luego de esta vida, trasciende –está más allá– de este vivir terreno. Esto nos hace *huéspedes y peregrinos* en la tierra, *añorando la patria futura* como dice la Carta a los Hebreos (cf. *Hb* 11,13-16; *Flp* 3,20).

Y este ser *huéspedes y peregrinos* en absoluto tiene que llevarnos a estar de brazos cruzados: ¿quiénes son los que más han hecho por la humanidad? ¡Los santos! San Juan Pablo II, por ejemplo, cuando le decían que descansase, respondía: “ya descansaré en el cielo”; y él mismo predicó:

“*Resucito Cristo, mi esperanza*. Jesús nos dice que, a pesar de las dificultades de la vida, vale la pena comprometerse con voluntad tenaz y benéfica en la construcción y mejoramiento de la *ciudad terrena*, con el ánimo siempre en tensión hacia la eterna” (JUAN PABLO II, *Aloc.* 24-III-1979).

La esperanza también hará posible afrontar las cruces que nunca faltan.

“...el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (n. 1)

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Así lo vivieron los santos: A Santa María Egipciaca, una mujer cristiana que había pasado sola en el desierto cuarenta y siete años en medio de tremendas penitencias y sacrificios, cuando san Zósimo la encontró antes de morir, le preguntó cómo había hecho para resistir con constancia tanto tiempo, ella respondió: “con la esperanza del cielo”. *Los sufrimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar* (Rm 8,18).

En los momentos de dificultad debemos recordar qué es lo que esperamos... y tener presente las palabras de san Pablo a los Tesalonicenses: *No os aflijáis como los hombres sin esperanza* (1 Ts 4,13). No vivir, como dice el mismo Pablo a los Efesios en un mundo “sin Dios”, como vivían los paganos.

Dios no solo “está” porque nos creó y es providente, sino más aún: Dios ha venido a nosotros, en Cristo Jesús; ¡qué importante verdad a tener en cuenta en cada Adviento!

La prueba de la esperanza

Del patriarca Abraham, nuestro padre en la fe, se hacen grandes elogios en la Escritura. Se elogia su fe, y también su esperanza. En la Carta a los Hebreos podemos leer:

“Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó por la Tierra Prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues **esperaba** la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. (Heb 11, 8 -10).

Y, como muchas veces pasa en nuestra vida, la fe y la esperanza del patriarca fueron probadas. Abraham había creído que tendría un hijo a pesar de su vejez (100 años), y así fue; pero Dios lo probó pidiéndole ese hijo...

“Díjole: “Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moría y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga”. (Gn 22,2)

Contra toda esperanza Abraham creyó y esperó (Rom 4,18) como dice San Pablo. *Pensaba qué poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura.* (Heb 11:19)

Más de una vez, en nuestra vida, la fe y la esperanza van a ser probadas... Repitamos con el Salmo: *¡En ti, Señor, he puesto mi esperanza!* (73,28).

Por cumplir la voluntad de Dios podemos perder un amigo, un trabajo, quedarnos solos... *¡En ti, Señor, he puesto mi esperanza!*

A una mamá en dificultades, Dios le pide que no aborte ese hijo por más que todos le digan lo contrario... *¡En ti, Señor, he puesto mi esperanza!*

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

A un matrimonio Dios le puede pedir que traiga más hijos al mundo *¡En ti, Señor, he puesto mi esperanza!*

A un consagrado, que viva cada día con más radicalidad su consagración total a Dios, con los desgarros que esto pueda traer... *¡En ti, Señor, he puesto mi esperanza!*

Esperanza y pobreza

¿Cómo hacer para que esta esperanza crezca?

Dice San Juan de la Cruz: *“lo que se espera es de lo que no se posee, y que cuanto menos se posee de otras cosas, más capacidad hay y más habilidad para esperar lo que se espera, y consiguientemente más esperanza.”*¹.

De aquí que la pobreza, el desapego de todo pero especialmente el desapego total de las seguridades en nosotros mismos, sea el motivo principal del crecimiento de esta virtud.

Un ejemplo de esta pobreza espiritual y el correlativo crecimiento de la esperanza lo tenemos en San Pedro. Luego de su caída, el Espíritu Santo ha hecho que se opere en Pedro un cambio decisivo: ha pasado de la confianza en sí mismo a la confianza en Dios, de la presunción a la *esperanza*. Se puede decir que, con motivo de su negación, Pedro ha perdido cuantas virtudes practicaba hasta el momento y creía poseer: su fervor, su fidelidad al Maestro, su valor, etc.

En pocos segundos, todo ha estallado en pedazos. Por el contrario, Pedro ha comenzado a practicar, por primera vez en su vida, otra virtud que antes no conocía: la virtud de la *esperanza*.

Mientras contamos con nosotros mismos y con nuestras propias fuerzas, mientras no somos radicalmente pobres, no podemos ejercitar la virtud de la *esperanza*. Porque esta virtud es la que practica quien se sabe infinitamente débil y frágil; quien no se apoya solamente en sí mismo, sino que cuenta confiadamente con Dios; quien lo espera todo de Él, y únicamente de Él, con inmensa confianza.

Al encontrarse con la mirada de Jesús, conmovido hasta las lágrimas, Pedro ha hecho el primer auténtico *acto de esperanza* de su existencia: lo que yo no soy capaz de hacer por mis propias fuerzas, lo espero de Ti, Dios mío, y no en virtud de mis méritos, ya que no poseo ninguno, sino en virtud de Tu sola misericordia.

Este episodio de la vida de Pedro contiene una enseñanza fundamental: la verdadera *esperanza*, la teologal (que nos une a Dios), sólo puede proceder de una experiencia de profunda pobreza. Mientras somos “ricos”, contamos con nuestras riquezas; no podemos hacer otra cosa, pues es algo “grabado” en nosotros.

¹ *Subida*, L III, c 15, n 1

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Para aprender a esperar, que consiste en contar solamente con Dios, es preciso pasar por algunos empobrecimientos radicales que son la fuente de la felicidad por constituir la etapa previa a una extraordinaria experiencia de la bondad, la fidelidad y el poder de Dios. *Bienaventurados los pobres en el espíritu* —que podríamos traducir como los expoliados por el Espíritu— *porque de ellos es el reino de los cielos*².

Esa pobreza tenemos que tratar de ver reflejada en el Niño Jesús en el pesebre... pobreza en su entorno —nació entre animales— y pobreza de ser un niño indefenso y necesitado... ¡cuánto que aprender! Y cómo resuenan aquellas sus palabras: *si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18,3).

Por medio de esa pobreza, Dios logra que el alma mire a lo alto; dirá el mismo San Juan de la Cruz:

*“hacia arriba, y no más, que es el oficio que de ordinario hace la esperanza en el alma, que es levantar los ojos sólo a mirar a Dios... ‘Como los ojos de la esclava están puestos en las manos de su señora, así los nuestros en Nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros, esperando en Él’”*³.

Dios es capaz de hacer del **pecador un santo**: Su gracia puede hacer realidad ese milagro y hay que tener una esperanza sin límites en el poder de su amor. La persona que todos los días cae y, a pesar de ello, se levanta diciendo: *“Señor, te doy gracias porque estoy seguro de que harás de mí un santo”*, agrada enormemente al Señor y, más pronto o más tarde, recibirá lo que espera de Él.

Pienso también en la difícil situación de las personas **divorciadas y vueltas a casar** —algo de lo que se ha hablado tanto este último tiempo—. Es verdad que salvo la decisión de vivir como hermanos, no pueden vivir la vida de la gracia; pero así y todo, no deberían dejar de esperar en Dios... Él y solo Él puede, por caminos que sólo Él conoce, ordenar nuestros pasos... siempre que tengamos fe y esperemos, quizás como Abraham, *contra toda esperanza*.

Esta virtud de la esperanza quizás sea la más propia de este tiempo de Adviento ya que “esperamos” la venida del Señor. Como los santos del Antiguo Testamento, esperamos de algún modo que Jesús irrumpa de una manera nueva en nuestra vida.

Se habla del **“Jesús de la historia”** y sí, efectivamente, Jesús es parte de la historia, vivió entre nosotros hace 2000 años, murió en la cruz, resucitó y se fue al cielo.

Pero no solo eso, Nuestro Señor es “Jesús de la historia” porque Él sigue vivo y obrando en el mundo ¡sigue haciendo historia! Pero que Cristo sea parte de nuestra historia personal, depende de cuánto creamos y esperemos en él.

“El Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una

² Mt 5, 3.

³Noche, II, 21

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva” (n. 2).

Siguiendo con esa similitud entre esperanza y fe, enseñaba Benedicto:

“La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras” (n. 7)

María, estrella de la esperanza

Así es llamada por el Papa la Santísima Virgen al terminar la encíclica:

“Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14)?” (n. 49)

En este Adviento necesitamos, como los reyes magos, una Estrella que nos lleve a Jesús... no dejemos de tener nuestros ojos fijos en Ella y llegaremos a encontrar *el fruto bendito de su vientre, Jesús*.